

# Adiós a Alvaro de las Casas

Por Guillermo  
**DIAZ - PLAJA**

C. de la Real  
Academia Española

Artículo publicado  
en "ESPAÑA", de TANGER

¿QUE oscura fuerza, qué recóndito impulso trae a estos hombres a morir a la tierra madre? Van y vienen por el mundo; peregrinos alegres o deserrados tristes. Y un día sienten la llamada de la Raza. Anteaño Martínez Sierra; ayer, Benjamin Jarnés; hoy, Alvaro de las Casas. Es emocionante, es patético este regreso a la Muerte.

América vió sus banderas; no preguntéis sus colores transitorios. Yo he visto allí

que, en la lejanía, todos ellos tienen un matiz inconfundible de Patria. Cuando pasen los años nadie sabrá del que trajo la doctrina nueva o la emoción disinta sino que era un español. Las circunstancias políticas no habrán hecho, a lo sumo, otra cosa que hacer más duradera y honda la raigambre.

Así Alvaro de las Casas, que acaba de morir en Barcelona, lleva al Rio de la Plata sus ritmos gallegos, creaba una colección de libros regionales gallegos en la mismísima calle de San Martín, allí justamente donde, por desgracia, el vocablo "gallego" incluye un mohín despectivo, generalizando para todo lo español la aldeanía torpe del bracero emigrante; allí publicó un "Cancionero Popular Gallego, un libro sobre "Los Santos de España" y un delicioso esquema histórico "Santiago de Compostela Corazón de Europa".

Este libro es un primor. No puede escribirse en menos páginas un breviario jacobeo más transido de poesía y verdad. Trae los datos más curiosos de ese que se llamó Campo de Estrellas, o más latinamente Compostela y, a su descripción, os parece sentir el rumor de lluvia (¿o son lágrimas?) sobre la noble piedra mojada; y diriais percibir el rumor de las muchedumbres que llegan de todas partes.

La tesis de Alvaro de las Casas es nada menos que esta: la Europa medieval no existiría con conciencia de tal, sin la presencia del camino de Santiago, que funde y unifica las conciencias dispersas y divididas de los distintos reinos de la Cristianidad. Y si el Apóstol es prenda de ia

unidad de Europa, ¿qué representará para España deos de Clavijo hasta el Alcázar de Toledo? Y, en cuanto a dignidad ¿no llevaban esta cruz de Santiago en el pecho Manrique, Ercilla, Velázquez y Calderón? Esto bastará para dar el tono del libro.

El pio breviario está lleno de sabiduría pero está sobre todo transido de emoción. No en balde, Alvaro de las Casas fue un poeta y podría cantar como Rosalía de Castro "Na Catedral".

¡Señor Santísimo, os teus pes cantos tamén d'angustia sudado teño!  
Mas s'o pecado castigas sempre  
o que afixido vay a pedircho  
daslle remedio.

Está dedicado este libro a un niño, vástago de sus editores, los Braun. Leerás este libro—le dice— con atención afectuosa, como quien encuentra un amigo lejano a quien sólo se le reconoce por la voz. Clamores que te vienen de muy lejos, desde las cunas vacías de los bisabuelos, te llamarán a través de sus páginas con símplicas que tú, ¡tan ilimitadamente bueno!, no querrás desoir.

—Papá, me voy a España; tío Enrique, ven conmigo.

Y como el emperador de la barba florida, saldrás un día de tu dorada corte austral, con grande tropel de gente a la vera, en nueva peregrinación composteiana.

Y allá lejos por aquellos recovecos santiagoenses, que tienen gravedad de infanzonía y aroma de santidad, volverás a leer estas apasionadas evocaciones patrias que en tu nombre se amparan. Y más lejos —¡qué ansiadas lejanías!— volveré a ser dichoso pensando que algo hice para abrirte las puertas de mi España.

Cuando el cortejo llegue, Alvaro de las Casas ya no estará. Esas "ansiadas lejanías", tan patéticamente suspiradas, se le han esfumado bajo el cielo de Barcelona, hace unas horas, cuando ya las tenía al alcance de su mano.

Merecía alcanzarlas.